Libros del Asteroide

Elisabeth de Waal

El regreso de los exiliados

Prólogo de Edmund de Waal

Traducción de Celia Filipetto

Libros del Asteroide

Prólogo

Libros del Asteroide

Libros del Asteroide

He leído y releído esta novela de mi abuela Elisabeth. Mi padre me entregó el manuscrito amarillento con correcciones de típex junto con una pila de los boletines de notas de Elisabeth del Schottengymnasium de Viena y un sobre de manila repleto de trabajos de economía de su época universitaria. Había unas cuantas páginas autobiográficas brillantes en las que describía su niñez, sucedida a principios del siglo XX en el Palais Ephrussi de la Ringstrasse —los caballos de tiro, los tés interminables en casa de las tías abuelas—, y un manojo de las cartas que intercambió con su tío preferido. Pero no mucho más. En el instante liminal del traspaso de documentos, mi padre me dijo en broma que yo era el conservador del archivo. En los muchos, muchísimos meses que pasé rastreando por archivos y bibliotecas y recorriendo las calles de Viena, París y Odessa en busca de la historia familiar que se había convertido para mí en una obsesión, caí en la cuenta de que esa penuria archivística tenía todo el sentido del mundo. Mi abuela se había pasado la vida transitando de país en país: solo guardaba las cosas que consideraba importantes. Como estas páginas.

Esta obra sin título, llamada ahora *El regreso de los exiliados*, no se publicó mientras estaba viva. Cuando conversábamos sobre la importancia de la escritura, jamás me desveló qué signi-

Libros del Asteroide

ficaba para ella, lo tuve que descubrir recientemente mediante este párrafo único y extraordinario:

> ¿Por qué hago semejante esfuerzo y pongo a prueba mi resistencia y mi energía para escribir este libro que nadie leerá? ¿Por qué tengo que escribir? Porque lo he hecho desde siempre, toda mi vida, y siempre me he esforzado por hacerlo; nunca he dejado de titubear mientras lo hacía y casi nunca he logrado que me publicaran… ¿Qué me falta? Tengo sensibilidad lingüística… Pero creo que escribo en un ambiente enrarecido, no dispongo del don de la comunicación llana, todo está destilado en exceso. Me ocupo de las esencias, y su sabor es demasiado sutil para que la lengua lo capte. Es la quintaesencia de las experiencias, no las experiencias en sí… Destilo demasiado.

Esta es la voz de Elisabeth, una voz exigente, que se examina a fondo, incapaz de compadecerse de sí misma; en ella también se nota su profunda necesidad de escribir, algo que guardó a lo largo de la sucesión de decepciones que le supuso el rechazo de los manuscritos de sus novelas (cinco en total, tres en inglés y dos en alemán). Ella quería crear novelas de ideas: intentó equilibrar una vertiginosa combinación de influencias intelectuales y emocionales, el rigor inquebrantable de su vida académica y la lírica imperativa de su faceta de escritora de poesía y ficción. En *El regreso de los exiliados*, los dos protagonistas principales, Resi, la joven y bella muchacha, y el profesor Adler, el académico exiliado, dramatizan estas dos vertientes de su vida. Y la suya fue una vida cargada de dramatismo.

Elisabeth de Waal era vienesa y esta novela habla de ser vienesa. En ese sentido, versa sobre el exilio y el regreso, sobre el tira y afloja del amor, la rabia y la desesperación respecto de un lugar que forma parte de tu identidad, pero que también te ha rechazado. *El regreso de los exiliados* refleja esta complejidad

Libros del Asteroide

y en su forma de trazar las emociones representa, en parte, una especie de biografía.

Elisabeth von Ephrussi nació en 1899, en el seno de una familia dinástica judía que treinta años antes había adoptado Viena como su hogar. Fue aquella una época extraordinaria en un lugar extraordinario. Su casa estaba en el Palais Ephrussi, un monolítico edificio neoclásico adornado con cariátides situado en la recién edificada Ringstrasse, ese arco de edificaciones públicas y monumentos imperiales erigidos para reflejar la gloria del imperio de los Habsburgo. La casa, de mármoles y dorados, era un signo identificativo creado por una rica familia de financieros con aspiraciones, una de las muchas de aquella vía, conocida en la ciudad con el burlón apelativo de Zionstrasse: la calle de los judíos. La madre de Elisabeth, una bella baronesa judía con el título adecuado, había nacido en el Palais Schey, a unos cientos de metros de allí. Sus primos vivían al lado. Un mundo cómodo donde nacer, aunque complejo.

Esta combinación escindible de dinero y estatus, la cuestión de la procedencia y de a qué lugar perteneces, era propia de la constitución de Viena. Como capital del imperio, sus calles cobijaban a todos los países y grupos étnicos. Asomada a la ventana de su dormitorio, mirando hacia la universidad a través de las ramas de los tilos, Elisabeth veía y oía marchar las bandas de los regimientos imperiales de toda una franja de Europa. Tal como reflexiona el profesor Adler, uno de los protagonistas de su novela, en las horas insomnes que preceden a su regreso, «… desde los cuatro puntos cardinales habían llegado en busca de fortuna checos, polacos, croatas, magiares, italianos, y también judíos, por supuesto, para mezclarse, alimentarse y enriquecer esta ciudad alemana que, mediante su intervención, se convirtió en única y auténticamente imperial». Elisabeth recuerda su educación políglota en una ciudad plurilingüe. Y su escritura nació de una facilidad natural para los idiomas. Podía elegir en qué lengua escribir y leer:

Libros del Asteroide

> Nací y viví en Viena, de modo que a mi alrededor se oía el alemán en su variedad austriaca, con sus vocales suaves y a veces estridentes y sus consonantes mudas, un idioma que podía ser tosco, aunque jamás cortante, pero culto al fin. Fue para mí, de jovencita, la lengua de Goethe y Schiller, después de Rilke y Thomas Mann, de Kant y Schopenhauer, y la lengua en la que se produjeron las obras teatrales de Reinhardt. Pero no era la lengua del pequeño mundo, inmediato e íntimo, de mi infancia. Esa fue el inglés.

La niñez de Elisabeth transcurrió en ese ambiente de excepcional privilegio, rodeada de criados, pero también de tremendos convencionalismos sociales. Sus progenitores —un padre erudito con una magnífica biblioteca, una madre con una gran presencia en la sociedad y un vestidor sin parangón— discrepaban apasionadamente sobre su educación. Elisabeth se impuso y le permitieron estudiar con profesores del Schottengymnasium, la prestigiosa escuela para varones situada enfrente de la casa familiar. Se graduó al terminar la primera guerra mundial, cuando el imperio se desmoronaba entre disturbios y deserciones. En su certificado consta una larga lista de *sehr gut*. Gracias a ello pudo entrar en la universidad y estudiar Filosofía, Derecho y Economía. En cierto sentido, se trataba de una elección muy judía: el profesorado de estas tres disciplinas contaba con una notable presencia judía. Pero fue, además, una decisión profundamente personal. Adoraba el funcionamiento de las ideas, y gracias a esta rigurosa formación académica se sentía totalmente a gusto con el discurso filosófico. Encontramos prueba de ello en la correspondencia que mantuvo a lo largo de su vida con Ludwig von Mises, el formidable economista y politólogo vienés, y con Eric Voegeling, el filósofo político.

Elisabeth tenía, además, otra vida literaria. Era poeta. Como a muchos de su generación, la cautivó la poesía lírica de Rainer Maria Rilke, el gran autor radical de la época que, en su obra,

Libros del Asteroide

combinaba la franqueza de la expresión con una intensa sensualidad. Sus versos están llenos de epifanías, momentos en que las cosas cobran vida. Un tío suyo le presentó a Rilke y en ese momento inició con este una correspondencia para ella muy valiosa; sometía sus poemas a su crítica y recibía unas respuestas largas y detalladas, acompañadas a menudo de copias de los versos que él estaba componiendo. Al leer la colección de cartas de Rilke, se advierte que muchos de sus corresponsales eran jóvenes, poéticos y titulados: Elisabeth fue una entre muchos. Pero el tesoro de misivas que la acompañó siempre en sus viajes —de Viena a París, a Suiza y luego en su nueva vida en Inglaterra— tuvo para ella un intenso valor simbólico: fue su aprobación como escritora por parte de otro autor.

Las lenguas de Elisabeth le permitieron abarcar una impresionante vastedad de literaturas. Después de conocer a Hendrik de Waal, mi abuelo, y casarse con él, aprendió neerlandés y ambos intercambiaron poemas en ese idioma. En los años treinta, cuando vivió en París, colaboró con *Le Figaro*. Publicó reseñas de novelas francesas en el *Times Literary Supplement* a lo largo de los años cincuenta. Escribió sus dos primeras novelas en alemán y las tres últimas en inglés. Con razón sus estanterías me llenaban de asombro. Cuando la visitaba en mi época de estudiante de Literatura Inglesa, la conversación se desviaba hacia géneros y países, y una referencia a Goethe lanzada al azar invocaba la última escena de *Fausto*, aprendida ochenta años antes. Hablábamos de Rilke y de Hugo von Hofmannsthal. Y a continuación de Joyce, momento en que ella iba a buscar su edición del *Ulises*, adquirida en Shakespeare and Co, con sus cubiertas de papel azul brillante. Compruebo que está intonso de la página 563 en adelante. Y Proust. Releía sin cesar a Proust. Cuando descubrí el texto en el que hablaba de «la quintaesencia de las experiencias», tuve la impresión de que podía tratarse de una descripción de Proust.

El regreso de los exiliados es un libro profundamente autobiográfico. En el personaje de Resi, la hermosa muchacha perdida

Libros del Asteroide

en el medio social, se aprecia un atisbo de proyección. Y en el profesor Adler, el académico cuya necesidad de volver a Viena constituye el centro de la novela y que se ve obligado a valorar qué lugar ocupa entre quienes se quedaron, creo que se aprecia la fuerte intuición de estar viviendo una vida alternativa. Se intuyen también momentos emocionantes de las experiencias de Elisabeth cuando se produce el encuentro entre el personaje de Kanakis y un agente inmobiliario a quien consulta para comprar una vivienda. Se oye el recuerdo de las reuniones de Elisabeth con los abogados austriacos, cuando intentó localizar y recuperar propiedades y colecciones de arte robadas a la familia y confiscadas como consecuencia de la anexión del país por parte de la Alemania nazi en 1938. Se percibe en la ansiedad y en el estremecimiento del agente inmobiliario cuando le pregunta sobre los dos cuadros, de reciente adquisición, que cuelgan en la pared de su despacho:

> «Pensé que los cuadros decoraban la sala, le daban cierta distinción, dentro de lo que podía permitirme. Sin embargo, es cierto que pertenecieron a un caballero que debió de ser un conocido de su familia, el barón E—. Es posible que usted los haya visto en su casa. Por desgracia, el barón E— falleció en el extranjero, en Inglaterra, creo. Tras recuperar los bienes que pudieron localizar, sus herederos los subastaron; imagino que estas cosas anticuadas no encajaban en sus casas modernas. Adquirí los cuadros, así como la mayoría de los objetos que ve aquí, en las salas de subasta: todo de modo abierto, público y legal, como comprenderá…»

Pero sobre todo el libro trata de la angustia del regreso:

> Por fin estaba allí, en la Ringstrasse: la mole del Museo de Historia Natural a su derecha, la rampa de acceso al edificio del Parlamento a su izquierda, más allá el chapitel del Ayun-

Libros del Asteroide

> tamiento, y frente a él, las verjas del Volksgarten y la Burgplatz. Allí estaba él, y allí estaba todo; aunque los senderos que cruzaban la calzada, antaño flanqueados de árboles, se encontraban ahora despojados, sin plantas, solo quedaban en pie algunos troncos desnudos. Por lo demás, estaba todo allí. Y de repente, el desajuste temporal que lo había mareado con ilusiones y delirios cobró forma, y él era real, todo era real, un hecho indiscutible. Él estaba allí. Los únicos que no estaban eran los árboles, y esa señal de destrucción comparativamente trivial, para la que no estaba preparado, le produjo una pena inconmensurable. Cruzó deprisa la calzada, atravesó las puertas del parque, se sentó en un banco en una avenida desierta y rompió a llorar.

El regreso de los exiliados es una novela de gran vivacidad y enorme ternura, que en el fondo retrata lo que supone regresar del exilio. En sus páginas vemos reflejada a una escritora francamente ambiciosa y a una mujer de un coraje formidable. Elisabeth regresó a Viena semanas después de la *Anschluss* de 1938, con el fin de salvar a sus padres en el momento en que más la necesitaban. Logró llevar a su padre a Inglaterra en 1939. Volvió inmediatamente después de la guerra para averiguar qué había sido de su familia. Luchó durante diez años para obtener justicia por los agravios cometidos y combatió la intransigencia, la hostilidad y el escarnio de las autoridades vienesas. Y lo llevó todo a cabo sin perder la capacidad para vivir plenamente el presente y no convertirse en rehén de la experiencia de ser una refugiada.

La publicación de la novela de Elisabeth, transcurridos tantos años desde los acontecimientos a los que alude, es una maravillosa celebración de alguien que leyó, escribió y vivió con semejante fortaleza.

Edmund de Waal,
Londres, 2012

Libros del Asteroide

El regreso de los exiliados

Libros del Asteroide

Primera parte

Libros del Asteroide

Preludio

A mediados de los años cincuenta, poco antes de la firma del llamado Tratado de Estado austriaco, que desembocó en la retirada de las potencias ocupantes aliadas y restableció la independencia de Austria, en la sección de sucesos locales de los periódicos apareció una noticia breve. Se refería a un accidente mortal ocurrido en la casa de campo de un millonario estadounidense. Una joven de la alta sociedad de aquel país, que se encontraba visitando a sus parientes austriacos, había muerto por heridas de bala al manipular un arma de forma inexperta. El arma se había disparado y había acabado con su vida. Hubo un único testigo presencial del fatídico hecho, el sacerdote jesuita Ignatius Jahoda, que pudo testificar que no hubo nadie más implicado en el episodio y que fue completamente accidental. Dado que había ocurrido en la zona ocupada por los estadounidenses, en la casa de un ciudadano de ese país, y que la víctima también tenía dicha nacionalidad, además de que no había austriacos involucrados, todas las autoridades implicadas consideraron que lo más conveniente era tratar el suceso, quizás de un modo un tanto irregular, como algo casi extraterritorial, para no tensar las relaciones austro-estadounidenses en esa última fase de la ocupación, a punto de terminar. Por lo tanto, se consideró el caso oficialmente cerrado.

Libros del Asteroide

Ello no impidió que los diarios sensacionalistas enviasen a sus jóvenes reporteros al Distrito Forestal de la Baja Austria, la zona de los hechos, a que investigaran cuanto pudiesen sobre las circunstancias del suceso. La sola mención de un millonario y de una «muchacha de la alta sociedad» daban al incidente un sabor suculento que agradaría al grueso de sus lectores, más interesados en «el aspecto humano» de la noticia que en las sutilezas jurídicas con las que fue tratado. Los millonarios tienen glamur, siempre interesa oír hablar de ellos, como si indagar sus vicisitudes proyectara el brillo de su oro sobre la monótona mediocridad de las circunstancias del lector, en especial si se produce una socarrona satisfacción cuando les ocurre algo desagradable o escandaloso. Por su parte, la denominación «muchacha de la alta sociedad» tiene unas connotaciones parecidas. Las mecanógrafas y las jóvenes dependientas absorben con envidia el aura de las prendas de lujo, las uñas largas cuidadosamente pintadas y una vida completamente libre de rutinas, tranvías atestados y comidas baratas, pero no así de muertes por heridas de bala.

Los jóvenes reporteros lograron averiguar quién era el dueño de la casa, un tal señor Kanakis, y la víctima del accidente, una tal señorita Larsen; y también que en el momento de los hechos en el domicilio se alojaban varios jóvenes, y que un muchacho que no formaba parte del grueso de los invitados había sido visto en el parque a primeras horas de la mañana, aunque no se lo pudo localizar; de todas maneras, probablemente no había tenido nada que ver en el asunto. Algo que sí consiguieron averiguar fue que, al parecer, la muchacha era la prometida del señor Kanakis y que estaban a punto de casarse. Aquellos apellidos, ambos extranjeros, no le sonaban demasiado al público vienés, salvo a un viejo taxista cuyo coche solía encontrarse aparcado cerca de la Ópera. Tras darle vueltas un rato a la información, se dirigió a su joven vecino y dijo:

—¿Kanakis? Claro que sé quién es. Debe de ser el hijo, no, el nieto de la familia para la que trabajó mi padre de cochero.

Libros del Asteroide

Vivían ahí, en ese edificio del cruce con la Ringstrasse, frente al hotel Bristol. Tenían un apartamento inmenso, que según mi padre ocupaba la primera planta entera. Eran griegos, y muy ricos. Guardaban los caballos y el carruaje en el patio. Recuerdo que de niño, cuando la familia no estaba en casa, me sentaba con mi abuelo en el pescante cuando él sacaba a los caballos a hacer ejercicio. Era mucho más emocionante que esto de ahora —sentenció inclinando la cabeza en dirección al taxi—. Kanakis, claro que sé quién es Kanakis.

Su joven colega apenas mostró interés en aquellos recuerdos. Y comentó:

—En cualquier caso, en menudo lío se ha metido al matar a su prometida. Aunque, por suerte para él, los estadounidenses han echado tierra sobre el asunto.

—Pero él no la mató. Fue un accidente, dicen.

—¿Y cómo lo sabes? Me juego la cabeza a que fue él. Lo más probable es que la muchacha tuviese algo con uno de los invitados y que él se pusiera celoso. Qué temperamentales son estos griegos. En fin, ¿qué más da?

Libros del Asteroide

1

Cuando el tren se alejó del amplio vestíbulo resonante de la Estación Central de Zúrich, tomando velocidad en dirección este por la orilla del lago, el profesor Adler supo que había superado el punto de no retorno. Estaba decidido, iba a regresar. Pudo haberse apeado en Zúrich, se dijo, mientras el tren estuvo detenido. Ahí estaba el andén, justo al filo de la ventanilla de su coche cama, e incluso el mozo de cuerda, observando expectante los dos maletones, el abrigo y el sombrero que tenía colgado del gancho de latón frente al largo y estrecho asiento de felpa roja. Habría bastado apenas un gesto mínimo, o una sonrisa, y el mozo habría acudido a su lado y bajado su equipaje, dirigiéndose a él con la entonación gutural y la inflexión cantarina del alemán de Suiza que tantos años llevaba sin oír. Adler mantuvo la vista fija en sus maletas; el impulso de levantar el brazo era muy fuerte. Por unos concentrados segundos fue muy consciente de su libertad de elección. Después, en el instante en que la creciente tensión resultó casi insoportable, el tren se sacudió y comenzó a moverse. Volvió a sentarse. Estaba solo en un compartimento de segunda clase para dos personas, pero, como el tren no iba lleno, lo había tenido todo para él desde que se había subido en París. Hacía poco que se había restablecido el servicio de trenes de larga distancia hacia Europa Central y lo utilizaba poca gente.

Libros del Asteroide

Adler se sentó junto a la ventanilla y contempló la costa plana del lago de Zúrich y después, a medida que esta se desvanecía, vio pasar a velocidad creciente los prados salpicados de manzanos y las ordenadas casas de labranza con tejado a dos aguas. Las maletas seguían en el portaequipajes encima de su cabeza. La sensación de que era libre para obrar a su antojo y la opresión en el pecho que la acompañaba habían quedado atrás. Ahora se sentía como un autómata, como la pieza de una maquinaria a la que hacía mucho tiempo que habían condicionado para comportarse de un modo determinado y cumplir con ciertas instrucciones, y eso mismo hacía en ese momento, mecánicamente, según lo planificado. Al mismo tiempo, tenía la cabeza bien despejada y en condiciones de razonar al respecto, de mantener que desde siempre había sido, y que seguía siendo, un agente libre.

Desde luego, podía haberse bajado en Zúrich. Habría sido perfectamente verosímil que hubiera hecho el largo viaje desde Estados Unidos para ir hasta allí. Podría haber ido para visitar a un eminente colega con el que se había carteado sobre los diferentes métodos para abordar el estudio de ciertas moléculas de un determinado tipo de célula hormonal. Habría resultado por completo evidente para todos los implicados que él quisiera discutir personalmente con el profesor Schmidt y observar su trabajo de laboratorio de primera mano. Si su esposa le hubiese referido a alguien que él se disponía a regresar a Viena, habría quedado claro que la mujer había interpretado mal sus intenciones o las había distorsionado aposta. Sus conocidos más íntimos sabían que Melanie y él apenas se hablaban y que ella se había opuesto implacablemente a ese viaje. De modo que, si ella lo hubiese criticado ante sus amigos por haberla abandonado —loco, irresponsable, sentimental, lo había llamado— y por haber emprendido el regreso a ese «agujero de país que los había echado», en fin, podría decir que nunca había tenido la intención de ir allí. Había ido a Suiza a ver al profesor Schmidt.

Libros del Asteroide

Sin embargo, Zúrich iba quedando atrás. No se había bajado del tren, de modo que esa explicación de sus movimientos ya no era defendible. ¿O sí? El Arlberg Exprés en el que viajaba no paraba hasta Buchs, en la frontera. Pero Buchs estaba en Suiza, a este lado del Rin, que en ese punto era apenas un pequeño río que formaba la frontera real entre dicho país y Austria. Podía bajarse en Buchs si lo deseaba y esperar el siguiente tren de vuelta a Zúrich. Nadie se enteraría. Y aunque se enterasen, ¿qué más daba? Había estado enfrascado en la estructura química de ciertas secreciones, no se había enterado de que el convoy entraba en Zúrich y, de repente, se había visto en Buchs. Eso mismo diría. Era un profesor distraído, de esos que buscaban afanosamente las gafas que llevaban ensartadas en la nariz. Entonces sonrió. ¡Qué ridículo era! ¿Con quién discutía, a quién intentaba convencer? No debía rendir cuentas de sus actos a nadie, a nadie en el mundo. Ni siquiera a Melanie. A ella menos que a nadie. Jamás lo había entendido ni había hecho el menor esfuerzo por comprenderlo. Desconocía sus sentimientos y, de haberlos conocido, no les habría prestado la menor atención.

Desde el momento en que se instalaron en Estados Unidos, Melanie había hecho su vida y alcanzado un éxito inmenso con su trabajo de corsetera. De pronto, la mujer menuda, bastante anodina y de aspecto manso que había sido su esposa había descubierto su notable capacidad para los negocios. Se dedicó a confeccionar prendas de corsetería a medida, por encargo, y las mujeres acudieron a ella en masa; al principio, a la diminuta sala de estar de su apartamento situado en una calle de mala muerte del Upper West Side y luego a su elegante salón del centro en la avenida Madison. De entrada le estuvo muy agradecido, pues ese trabajo les había permitido mantenerse y empezar en Nueva York; porque él tardó bastante en ganar incluso un salario modesto y conseguir que lo nombraran patólogo adjunto de un hospital patrocinado por una fundación judía.

Libros del Asteroide

Aquello era algo que lo había tomado completamente por sorpresa, el virulento antisemitismo que proliferaba en tantos ámbitos de la vida estadounidense, incluso en círculos académicos y médicos. En Viena apenas lo había percibido. Desde luego, allí siempre había sido endémico, pero de un modo tan leve que incluso se podía llegar a olvidar, hasta que la amenaza de Hitler hizo que se cerniera con fuerza aterradora. No estaba preparado para verlo en Estados Unidos, donde, pese a no haber peligro de exterminio físico, existía una conciencia de ello, insidiosa y de presencia constante, como un dolor de muelas latente que nunca llega a olvidarse del todo. Pero no existía en los ámbitos políticos y empresariales, y Melanie pudo florecer sin inhibiciones. Poco a poco su clientela comenzó a provenir de las familias más prominentes y, al final, de las capas más exclusivas; trataba con descarada familiaridad a mujeres que llevaban los apellidos más rutilantes de la alta sociedad. Esas mujeres no la invitaban a sus cenas, por supuesto, pero Melanie se desquitaba humillándolas sin reparo alguno en su salón, en especial a las no tan jóvenes y no tan delgadas, que eran la mayoría.

—Por favor, quítese toda la ropa, señora Waterhouse. No podré hacerle una prenda íntima a menos que vea sobre qué debo confeccionarla. Sí, todo, por favor, la braga y el sostén… ¡Qué sujetador más horrendo! No es de extrañar que parezca que lleva usted cojines en el pecho. ¡Eso es! Mucho mejor así. Debo estudiar su cuerpo a fondo.

Y la pobre mujer se quedaba de pie tal como había llegado al mundo, temblando a pesar de la temperatura ambiente, tropical incluso en invierno, mientras Melanie se paseaba a su alrededor, analizándola, haciendo comentarios despectivos.

—No somos ninguna Venus, ¿no es así, señora W? Pero en fin, no todas podemos estar en la escuela de sirenas, y menos cuando vamos teniendo nuestros añitos. Nos pasa a todas, el tiempo no perdona. Pero bueno, por eso viene a verme a mí, ¿verdad? No me necesitaría si estuviera hecha una sílfide. Sus pequeñas im-

Libros del Asteroide

perfecciones son mi sustento y mi razón de ser, de modo que no me corresponde a mí criticarlas, ¿no es cierto? Mi trabajo consiste en remediarlas, es lo que se espera de mí. Además, el señor W tampoco creo que sea ningún Adonis, lo dudo mucho, así que no es quién para quejarse. Tiene usted la cadera izquierda algo más abultada que la derecha, ¿no? Y el pecho izquierdo. Pero lo nivelaremos, y suavizaremos esa corpulencia que hay justo encima de la cintura. Yo misma le tomaré las medidas, manos a la obra. No queremos miradas indiscretas innecesarias, ¿verdad? Yo le haré todas las pruebas, mis ayudantes solo se ocupan de confeccionar la prenda en sí. Muy bien. La primera prueba es dentro de una semana.

Y acto seguido anunciaba un precio astronómico y su clienta protestaba:

—Vaya, señora Adler, me habían comentado que era cara, pero me dieron a entender que…

—Lo lamento, señora Waterhouse, pero el suyo es un caso muy complejo. Por supuesto, si prefiere desistir del encargo, yo nunca obligo a nadie, incluso después de haber estudiado a la clienta.

Y así, tras haber pasado por aquella dura prueba, se cursa el pedido y al cabo de tres semanas la señora Waterhouse no cabe en sí de gozo. Se siente muy cómoda, su modista la felicita por su figura, las prendas se deslizan por su cuerpo y ella se mueve con una facilidad jamás soñada. En consecuencia, a las seis clientas siguientes les aconsejan que vayan a ver a «esa mujer espantosa», artífice de una lencería tan divina que merece la pena someterse a las peores humillaciones con tal de poseer una de sus prendas.

Todo eso recordaba el profesor Adler, y no la estructura de las células hormonales, cuando el tren fue aminorando la marcha al entrar en Buchs. Un día en que se sentía alegre y juguetona, la propia Melanie le había ofrecido aquella descripción de una entrevista habitual con una de sus clientas más arrogantes. Él sintió repugnancia mientras ella se lo iba contando: tal vez no fuera por

Libros del Asteroide

la situación misma, que hasta podía haberle resultado cómica, sino por el deleite que apreció en la cara de su esposa mientras le ofrecía la descripción; aquello le dio asco. Melanie estaba ganando muchísimo dinero y afortunada ella si podía exigir unos precios tan elevados por la excelencia de sus productos. Pero al regodearse con la humillación que infligía a sus clientas, lo humillaba también a él. Un íntimo impulso de escrupulosidad ética se rebeló contra esa conducta, contra la persona de su mujer. Se dio cuenta de que el lujo creciente de su entorno, los muebles, la comida, la ropa de su esposa y de sus hijas, se pagaban con el dinero así obtenido. Sin duda, su aportación personal a ese modo de vida poco a poco ha debido ir reduciéndose proporcionalmente.

Durante mucho tiempo él apenas había notado nada, ensimismado como estaba en su trabajo, con unos hábitos personales inalterables. El día en que Melanie sugirió que comprasen un apartamento en uno de los nuevos y lujosos edificios en construcción —cuando él, sorprendido, adujo como inocente protesta que seguramente no podrían permitírselo— se le abrieron los ojos de un modo decisivo y brutal. Se estremeció solo de pensarlo. Melanie reaccionó con auténtico veneno. Claro que podían permitírselo, aunque no gracias a él. No podía creer que no supiera cuánto ganaba ella. ¿O es que creía que los últimos años habían vivido con su sueldo irrisorio? ¿Acaso había hecho el más mínimo esfuerzo para que se lo aumentaran? ¿Quizá sí y le daba vergüenza reconocer que se lo habían negado? Entonces debía suponer que él no valía más. En este país, había dicho Melanie, un fracaso es un fracaso y un éxito es un éxito, y detrás de ambos hay un buen motivo. La culpa o el mérito son solo tuyos. Podía dar gracias al cielo por haber tenido la suerte de ser su marido y el padre de sus hijas; de lo contrario, todavía estaría estudiando sus cuadernos en aquel maloliente piso de alquiler donde habían empezado.

No era verdad. Cuando consiguió el nombramiento en el hospital, se habían mudado a un apartamento perfectamente respe-

Libros del Asteroide

table, pequeño pero adecuado. En un barrio poco elegante, desde luego. A él no le había importado, y creía que a ella tampoco. Después, Melanie comenzó a ampliar su negocio y su contribución a los ingresos familiares había venido muy bien, en especial porque con ella pagaba la educación de las niñas. Pero ¿ahora? Las niñas eran mayores y se pusieron totalmente de parte de la madre. Eran listas, con mentalidad emprendedora, enamoradas del dinero y querían pasarlo bien. Tenían empleo, novio también. Una trabajaba en unos grandes almacenes; la otra, en una agencia de viajes. Ya no hablaban alemán, aunque él tenía la certeza de que lo entendían; imposible que no fuera así, porque Melanie y él todavía lo utilizaban en casa. Sospechaba que a él nunca se le había quitado el acento de Viena al emplear el inglés, pero Melanie había cultivado expresamente una voz y una entonación propias del dialecto de Estados Unidos. A fuerza de exagerar había logrado borrar todo rastro vocal de sus orígenes, salvo para los oídos más finos. Cada vez que la oía al teléfono o en la habitación contigua, a duras penas le reconocía la voz.

Sin embargo, cuando le había comunicado que regresaría a Austria, había reaccionado como si la amenazara con hacerle perder su único apoyo y protección. Las discusiones se fueron acumulando. ¿Por qué la abandonaba? ¿No había sido una buena esposa, fiel, leal y trabajadora? ¿Qué tenía que reprocharle para querer abandonarla, para acabar con más de veinte años de matrimonio?

Al principio, argumentó que no deseaba abandonarla, solo quería volver a casa. ¿Por qué no lo acompañaba? O ¿por qué no prometía seguirlo en cuanto él se hubiese vuelto a establecer? Esta sugerencia la había enfurecido aún más. A él no le sorprendió.

Al recordarlo todo mientras contemplaba por la ventanilla los prados y los manzanos y las vacas, las pulcras aldeas y las casas de labranza aisladas, reconoció que la propuesta había sido insincera. Ella jamás habría renunciado a la vida que ha-

Libros del Asteroide

bía abrazado con tanto entusiasmo, a su éxito económico y a su independencia. En realidad, no había querido que su mujer lo acompañase. De haber tenido que volver a vivir en Viena, se habría sentido desdichada. Tampoco tenía la certeza de que él no fuera a sentirse desgraciado. No sabía cómo sería la experiencia ni si iba a encajar. Melanie tenía la certeza de que él se llevaría una completa decepción. Tal vez estuviese en lo cierto. Sin embargo, el deseo de intentarlo había sido irresistible, y entonces él le sugirió que se divorciaran. Se lo propuso de buena fe. Pero eso la hizo enfadar todavía más, si cabe, que su ofrecimiento de llevarla con él. Le horrorizaba el divorcio, la idea misma la indignaba. Daba la sensación de que debajo de la pátina de su emancipación, pese a todos los ejemplos que la rodeaban, llevaba profundamente arraigados los principios atávicos de su fe y la tradición. Era su esposa. De ella no se iba a deshacer —sentía que eso era lo que ocurriría— aunque fuese ella quien se hubiese deshecho de él. Después se permitió lanzar acusaciones ridículas. Vete, vete si hace falta, le había gritado, y búscate una de esas frescas, tontas y sonrientes, más joven que yo, más guapa que yo, la mujer que se deslomó durante años para mantener la casa a flote y criar a tus hijas, búscate una criatura blanda y sensual que reavive tu apetito menguante, pero ¡me aseguraré de que, al menos mientras yo viva, jamás te cases con ella, la muy puta!

Era el colmo. Había sido todo indecoroso, sórdido y perfectamente ridículo. Jamás se le había pasado por la cabeza la idea de reanudar su vida amorosa.

El tren aminoraba la marcha. El profesor Adler se sacudió los recuerdos obsesivos y vio otra vez lo que tenía ante los ojos. Buchs. Fue al pasillo, bajó la ventanilla y se asomó. Antaño el tren solía permanecer allí detenido para cumplir con los eternos trámites aduaneros. Recordó unas vacaciones que había pasado con sus padres en Lucerna cuando era niño. Qué largo había sido el viaje, y qué aburrido e impaciente se había sentido durante la espera en aquel apeadero pequeño y soso, sin nada

Libros del Asteroide

que ver salvo los cajones con geranios rojos en las ventanas del jefe de estación. Se asomó y estiró el cuello para comprobar si seguían allí, pero su vagón se encontraba muy cerca de la cola y comenzaba a anochecer. No logró distinguir nada. No se le ocurrió pensar que poco antes había dudado si bajarse o no del tren en esa estación, para no cruzar la frontera. Y, de repente, antes de que le diera tiempo a recordar ese detalle, el tren se puso en marcha. La parada había durado apenas cinco minutos.

En cuestión de instantes cruzaron el pequeño río y se acercaron a las montañas. Y del mismo modo súbito e inexplicable la oleada de una emoción indefinible embargó a Kuno Adler. ¿Aprensión? Pero ¿a qué? Era como una enfermedad física, una oscuridad mental. Había dejado de ser un autómata: era un animal, tenso, cauteloso, cargado de sentimiento, despojado de razón. Oyó ruido de pasos por el estrecho pasillo y una voz en la puerta contigua: «¡Control austriaco de pasaportes!». Las palabras se repitieron poco después, en la entrada de su compartimento.

Mientras llevaba la mano al bolsillo superior de la chaqueta para sacar el pasaporte, observó al hombre en el umbral. Joven, de cara suave bajo la visera redonda de su gorra reglamentaria, nariz proporcionada y recta, una boca más bien delicada y de labios rojos debajo de un bigote fino. Ojos grises, sonrientes. Un tipo bien parecido. Pero fue la voz, la entonación, lo que tocó un nervio en algún punto de la garganta de Kuno Adler; no, por debajo de la garganta, donde el aliento y el alimento se hunden en las profundidades del cuerpo, un nervio no consciente e ingobernable, en el plexo solar tal vez. Era el timbre de aquella voz, de aquel acento, suave y sin embargo ronca, obsequiosa y ligeramente vulgar, sensible al oído como ciertas piedras lo son al tacto —el jabón de sastre, que es de grano grueso, esponjoso y de superficie levemente aceitosa—, una voz austriaca: «¡Control austriaco de pasaportes!».

Kuno Adler entregó su pasaporte, estadounidense, con un sentimiento de desafío, como si lo retara a cuestionar su autentici-

Libros del Asteroide

dad. El hombre lo hojeó, miró la foto, observó a Adler durante un tiempo que se antojó intolerable, probablemente veinte segundos, inclinando la cabeza para contemplarlo desde todos los ángulos. ¡Ya está bien, ya está bien!, pensó Adler, desde luego nota que soy judío, un refugiado. ¿Y qué?

—¿Regresa? —preguntó el hombre, cerrando el pasaporte y entregándoselo.

Adler se había propuesto contestar en inglés a cualquier pregunta. Pero por alguna razón no pudo y, en el mismo alemán suave, dijo:

—*Ja!* Regreso.

—¡Buena suerte! —le deseó el hombre con una sonrisa mientras se alejaba de la puerta.

¿Qué había querido decir con eso? ¿Era una ironía? ¿Una advertencia? No se lo había parecido, solo había sonado cordial. Debo controlarme, pensó Adler, no ser demasiado susceptible, ni suspicaz —aunque tampoco crédulo—, tantear el terreno con cuidado. No será fácil, tal vez sea más complicado de lo que esperaba.

El funcionario de aduanas llegó después. Echó un vistazo a las maletas.

—¿Solo sus objetos personales? ¿No lleva té ni café?

—Ni té ni café —respondió Adler, y el hombre siguió su ronda después de cerrar la puerta del compartimento.

Ya había oscurecido bastante. Adler apretó la cara contra el cristal de la ventanilla. Las montañas eran tan altas y estaban tan cerca que solo se veía negrura, y unos cuantos puntitos luminosos desperdigados de las ventanas de alguna casa solitaria en las laderas; para ver el leve resplandor del cielo sobre las cimas había que estirar mucho el cuello. Adler encendió la luz y le pidió al auxiliar que le hiciera la cama mientras él esperaba en el pasillo. Se había olvidado de ir a cenar al vagón restaurante, había pasado por alto la campanilla de llamada por estar obsesionado recordando las escenas que había dejado atrás.

Libros del Asteroide

No le importó, en realidad no tenía hambre, pero comió un poco de chocolate: chocolate suizo, que había comprado por los viejos tiempos.

Se acostó y con la imaginación intentó volar hacia el paisaje, fuera de la cajita móvil tapizada y de madera lustrada en la que estaba tendido. La provincia de Vorarlberg y, pronto, el largo túnel de Arlberg y después el Tirol. ¡Nombres mágicos! Pero no los conocía a fondo y lo único que logró ver mentalmente fue un mapa, el que colgaba en el aula de su primera escuela. Su imaginación se concentró un rato en ese mapa: el contorno se asemejaba a grandes rasgos a un diamante. El punto más alto era el que se perfilaba con mayor claridad, porque sobresalía por encima de un cuadrado incrustado en una esquina: el reino de Bohemia. El extremo oriental era redondeado e informe; el sur, irregular y recortado, y toda la superficie se dividía en piezas de distintas formas, tamaños y colores, como una almazuela.

Y recordaba la fórmula que las describía: los reinos y las tierras representados en el parlamento del imperio, el patrimonio heredado o adquirido a lo largo de los siglos por la casa de Habsburgo en calidad de dote. En la mitad oriental del mapa, la expansión monocroma redonda y de mayor tamaño, encerrada entre los dos brazos curvos de una tenaza, era el reino de Hungría.

Qué raro, pensó, que estos recuerdos tempranos perduren y la experiencia posterior no los haya modificado. Porque apenas había terminado la escuela primaria cuando el Imperio austrohúngaro desapareció y borraron el mapa para volver a trazarlo con otros contornos. Conocía el nuevo, claro, pero jamás había tenido impacto visual en su mente; mientras que el otro, obsoleto antes de que él iniciara siquiera su vida adulta, había quedado grabado de un modo indeleble en su memoria.

Libros del Asteroide